

cortaduras pasaban; pero Alderete, hombre fogoso, no quiso detenerse a poner en practica por si mismo esta precaucion importante, sino que la encargó a algunos de los aliados que se contentaron con echar maderos y otros materiales poco solidos en una gran cortadura, y no dejandola asegurada prosiguieron adelante en pos del saqueo. Cuando los Mejicanos vieron bien empeñada la division de Alderete, que estaba ya casi en Tlaltelolco, y advirtieron que las otras se hallaban aun distantes, e igualmente que en la calle principal habia quedado abierta una gran cortadura, determinaron aprovecharse de esta falta haciendo el ultimo esfuerzo, para lo cual mandaron tocar a los sacerdotes la bocina del dios de la guerra, cosa que no se hacia sino muy rara vez y con la que el pueblo y los soldados entraban en furor para defender sus divinidades. El resultado correspondió al designio, pues los Mejicanos cargaron con tal vigor y constancia sobre Alderete, que lo desbarataron y pusieron en fuga; mas no fué esto lo peor, sino que al llegar al foso que parecia cegado porque las materias que lo cubrian sobrenadaban, se hundieron los primeros que pusieron el pie en el, y tras ellos cayeron otros muchos, que en la confusion de una fuga intentaban solo salvarse, aunque sin acertar con los medios de lograrlo.

Entre tanto Cortes que se hallaba empeñado en

una calle estrecha, luego que oyó el sonido ronco, que ya conocia, de la bocina del dios de la guerra, temió por sus divisiones y se dirigió al punto donde advertia mayor tumulto. Cuando llegó, vió toda la estension de su perdida, pero intrepido y activo hizo frente al peligro; aunque se hallaba con solos doce hombres, procuró animar y contener a los que se precipitaban en la cortadura, salvó a muchos que salian medio aogados, mal heridos y desarmados, e hizo cuanto puede exigirse de un valiente general, que espone su vida por salvar a su ejercito. El cuidado y empeño con que se habia dedicado a esto, le impidió advertir que se hallaba ya rodeado de enemigos, y a punto de caer en sus manos. Asi es que cuando lo conoció ya no pudo retirarse, y determinó vender cara su vida que habria sin duda perdido, si los Mejicanos no se hubiesen propuesto cojerlo vivo para sacrificarlo a sus dioses. Cuando ya lo tenian en su poder e incapaz de moverse, una de las divisiones que se retiraba supo o sospechó el caso, y resuelta a salvarlo a toda costa, cayó con el impetu de la desesperacion sobre los Mejicanos que lo conducian preso, y Cristobal de Olea, uno de sus domesticos, de un solo tajo echó abajo el brazo del Mejicano que lo sujetaba, con lo que quedó libre y pudo montar en un caballo que le llegó muy a tiempo. Luego que Cortes se vió libre, continuó en su empeño de hacer que todas las divi-

siones viniesen a la calle de Tacuba, y cuando ya se hallaron en ella las hizo formar y ordenarse en la plaza mayor para ejecutar la retirada que, aunque con indecibles molestias y dificultades, se efectuó como siempre por la calle que conduce a San Antonio Abad.

La perdida del ejercito sitiador en aquella triste jornada es una de las mayores que sufrieron los Españoles en Mejico. Consistió en sesenta Españoles, mas de mil aliados, siete caballos, la quinta parte de las canoas, el capitan de un bergantín, un cañon y muchas armas, habiendo salido heridos casi todos, entre ellos Cortes. De los Españoles que faltaron del campo, muchos cayeron prisioneros, y fueron sacrificados en la misma noche, de modo que pudieran ser vistos del punto en que se hallaba Alvarado. Este capitan y Sandoval hicieron lo que les tocaba aquel dia con orden y sin grandes perdidas, aunque tuvieron que sostener reñidísimos combates. Los dos capitanes reunidos, luego que llegaron a la esquina de San Hipolito, se dirigieron sobre Tlaltelolco, por la calzada que hoy se llama de los Angeles, y entonces era calle muy poblada, y avanzaron con grandes ventajas hasta las inmediaciones de la plaza; mas cuando vieron los sacrificios de Españoles, y llegaron a sus oidos las voces que hicieron correr los Mejicanos de que habia perecido Cortes, se retiraron sin perdida,

pero con grande dificultad, por haberse reunido a todas las fuerzas que los combatian las que acababan de derrotar a Cortes. Los Mejicanos celebraron su victoria con todas las demostraciones de regocijo, que eran de costumbre entre ellos, y remitieron a las provincias las cabezas de los Españoles muertos, como prueba de su triunfo, y para animarlos a abandonar la alianza que con ellos habian contraido, lo cual lograron en algunos pueblos.

Los Españoles entre tanto se mantenian a la defensiva, curando sus heridos, y reponiendose de sus perdidas; pero Cortes, infatigable en la ejecucion y adelanto de su empresa, ya que no le era posible intentar nada por tierra, determinó que los bergantines cruzasen sin cesar por la laguna, para impedir a lo menos la entrada de viveres en la ciudad, y mantener cortadas sus comunicaciones con el continente. Repartió pues estos buques de dos en dos, para la ejecucion de su plan, y el resultado que se deseaba correspondió tan exactamente, que los Mejicanos tenian inmensas dificultades para entrar o salir de la ciudad, porque tan luego como se presentaba una canoa, los bergantines le daban caza y la apresaban o la echaban a pique. Conociendo pues que no podian sostenerse contra los buques españoles por su notoria superioridad, recurrieron a estratagemas para destruirlos o apoderarse de ellos: al efecto construyeron treinta piraguas, especie de

barcas grandes, y las emboscaron en los tulares del lago clavando en el fondo una multitud de estacas, que al mismo tiempo que maltratasen los bergantines, impidiesen los rapidos movimientos a que debian su fuerza y seguridad. Cuando ya todo lo tenian preparado, hicieron salir algunas canoas que, fingiendo se retiraban por el temor de los buques, se refujiasen a los tulares. Todo les salió como lo habian proyectado, pues los Españoles cayeron en el lazo, y luego que vieron la precipitada fuga de las canoas se arrojaron tras ellas. Cuando los Mejicanos los tuvieron a tiro e incapaces de moverse, saliendo de su emboscada los acometieron por todas partes, y los Españoles no tuvieron otro recurso que el uso frecuente de las armas de fuego, con las que lograban mantener al enemigo a cierta distancia, mientras que algunos marineros, diestros nadadores, arrancaban del fondo del lago las estacas, para facilitar las operaciones de los buques. Luego que esto se hubo logrado, las barcas mejicanas fueron dispersadas en pocos momentos, pero ya habian causado grandes males a los Españoles, pues los bergantines estuvieron a pique de perderse y quedaron muy maltratados, sus capitanes murieron, uno en la accion y otro despues, y casi toda la tripulacion salió herida gravemente.

Los Mejicanos repararon sus piraguas, y quisieron repetir la estratajema; pero estas cosas jamas se

logran dos veces en la guerra, ni mucho menos con un general tan advertido como Cortes. Lejos de caer en el lazo, los Españoles los tendieron el mismo a sus enemigos, y estos a su vez fueron sorprendidos en el. Cortes formó una contra emboscada en los tulares ocultando los bergantines, y echando uno que aparentase huir de las piraguas mejicanas, luego que estas lo vieron retirarse se arrojaron sobre el, mas cuando ya estaban cerca del tular, salieron de el de improviso los bergantines, y primero con la artilleria y despues con su choque echaron a pique todas las barcas. De los que las montaban los mas perecieron, y el resto, en el cual se hallaban comprendidos algunos nobles, fué hecho prisionero.

Cortes se valió de esta ocasion como lo habia hecho de otras muchas, para proponer la paz al emperador mejicano. Para esto llamó a los principales de los prisioneros que acababan de caer en su poder, y los encargó dijesen a su señor, que las hostilidades del exercito español cesarian en el momento en que se reconociese subdito de la corona de Castilla, pues esta era la unica condicion que se le exijia, y en lo demas no se haria novedad, quedando dueño de la corona como se habia convenido con Moctezuma, y subsistiendo sin variacion las leyes del imperio: que a la sumision que se le pedia se hallaban obligados el y sus subditos, asi por las tradiciones mejicanas que autorizaban a los

descendientes de Quetzalcoatl para exijirla, como por el reconocimiento de vasallaje, que su antecesor y los nobles, a nombre de toda la nacion, habian prestado al rey de España : por ultimo, que de la resistencia no podia prometerse otra cosa que la perdida de su corona, la abolicion de la constitucion y leyes del imperio, y la total destruccion de la ciudad, que quedaria toda reducida a un monton de ruinas como ya lo estaba en parte.

Guatimotzin que, aunque intrepido y valiente, no podia ver con indiferencia la destruccion de sus subditos y la ruina de la ciudad, convocó una junta de notables para que le diesen su dictamen sobre las propuestas de Cortes; en ella muchos se inclinaban a la sumision, penetrados de que el triunfo al fin vendria a quedar por los Españoles, y que en semejante caso la suerte que les esperaba era la mas infeliz; pero los sacerdotes, por la propension innata que en todas partes tienen a dominar y mezclar los sucesos de la tierra con las cosas del cielo, de cuyo poder presumen ser los arbitros, se opusieron con todas sus fuerzas a que fuesen admitidas las proposiciones del general español, prometiendo contra el una victoria segura. Prevaleció este dictamen, dice el celebre Clavijero, por el temor supersticioso que se habia apoderado de aquellos espiritus, y esta resolucion se comunicó al general español, avisandole que podia continuar la guerra,

pues ellos estaban resueltos a defenderse hasta el ultimo aliento. Si los sacerdotes los hubiesen inducido a esta resolucion, continua el mismo autor, no ya por el miedo de sus falsas divinidades sino por el honor, el amor de la patria y el deseo de vivir libres, no hubiera sido tan culpable su teson, pues aunque su ruina parecia inevitable continuando la guerra, tampoco tenian esperanza de que la paz mejorase su condicion. Por otra parte la esperiencia de los sucesos pasados no les permitia fiar en las promesas de aquellos extranjeros: así que debía parecerles mas conforme a las ideas de honor la resolucion de morir con las armas en la mano, en defensa de la patria y de su independenciam, que abandonarla a unos invasores codiciosos, y quedar reducidos por su humillacion a una triste y miserable esclavitud.

Entre los pueblos que se alentaron a hostilizar a los Españoles a resultas de sus descalabros, fueron los principales los Matlacincas que habitaban todo el valle de Toluca, y parte de la tierra caliente que confina con Cuernavaca. Los de esta tribu, establecidos en Malinalco, dirijieron sus armas contra Cuernavaca, y los de Toluca contra los Otomites, aliados de Cortes, que se hallaban establecidos en la sierra o monte de las Cruces: de todo esto se recibió noticia en el campo español, por los aliados que mandaron diputados en demanda de auxilios. Los Mejicanos habian amenazado a Cortes diversas veces con el po-

der de los Matlacincas, y estas amenazas estaban en perfecta consonancia con las noticias que acababa de recibir así de Cuernavaca como del monte o sierra de las Cruces, pues los mensajeros de estos pueblos aseguraban que los sublevados procedían de acuerdo con los Mejicanos, para causar una diversion en el ejército sitiador o acometerlo por la espalda. Cortes, a pesar de los quebrantos que había sufrido, de los que aun no acababa de repararse, creyó que no debía despreciar a un enemigo, que con la menor ventaja podría privarlo de unos aliados que le defendían la espalda; pero conociendo los riesgos de separar por mucho tiempo de sus líneas una parte de sus fuerzas, por pequeña que fuese, lo cual sucedería indefectiblemente si la campaña se prolongaba, tomó sus medidas para asegurar el éxito obteniendo un triunfo decisivo, que concluyese la campaña de un solo golpe. Al efecto formó una fuerte división compuesta de Españoles y aliados, que puso a las órdenes de uno de sus mejores capitanes, el infatigable Sandoval. Este emprendió su camino hacia Toluca, y cerca de un río que según parece sería el de Lerma, pues no hay otro que merezca este nombre en el camino de aquella ciudad, dió una acción a los enemigos en la que no solo los batió completamente, sino que les causó grandes pérdidas, persiguiéndolos hasta la ciudad de Toluca, que le abandonaron replegando sus fuerzas en una de las

pequeñas alturas que se hallan a las inmediaciones de esta ciudad. Sandoval se preparaba para atacar el punto al día siguiente, y desalojarlos de él; pero quedaron burladas sus esperanzas, pues en la noche lo abandonaron los defensores, y al amanecer no hubo con quien pelear. Entonces determinó retirarse, y acojió benignamente a los habitantes de los pueblos del tránsito, que escarmentados por sus pérdidas le salían al paso para someterse. De ellos se valió para ofrecer la amistad de los Españoles a los Matlacincas, que atemorizados por la derrota la aceptaron, y vinieron al campo de Cortes no solo a someterse, sino a ofrecer sus servicios. Otra división respetable marchó por Cuernavaca a las órdenes del capitán Andrés de Tapia, con orden de escarmentar a los de Malinalco, y volver precisamente antes de haber cumplido diez días de su salida. Este corto término no le dió lugar para apoderarse de la ciudad, que situada en una eminencia, para tomarla se necesitaba más tiempo; pero lo tuvo bastante para batirlos en campo raso, como lo hizo en las inmediaciones de Cuernavaca donde le presentaron batalla.

El resultado de esta expedición fué igual al de la de Toluca, es decir, que se presentaron los vencidos en el campo de Cortes a implorar su clemencia y a someterse. Todo se les acordó como lo pidieron, y de esta manera el ejército sitiador quedó ya enteramente libre de enemigos que lo molestasen

por la espalda. Por el contrario los Mejicanos se hallaron reducidos a sus propias fuerzas que solo eran las que existian dentro de la ciudad, muy disminuidas por la escasez de viveres, la infeccion del aire causada por los cadaveres insepultos, y las inmensas perdidas que habian sufrido en tan constantes y prolongadas derrotas. A pesar de una situacion tan desesperada todavia se atrevieron a resistir a las fuerzas formidables que tenian sobre si, y determinaron sin vacilar la continuacion de la guerra.

Cortes, siguiendo el consejo del principe de Tezcucuo, uno de sus aliados, llegó casi a resolverse a la suspension de los ataques, esperando de obligar a los Mejicanos a que se rindiesen por falta de viveres. El deseo que tenia de conservar la ciudad, era lo que principalmente lo inclinaba a adoptar este partido, pues ya estaba convencido de que para tomarla a viva fuerza, y sin esponerse a sufrir continuos reveses era necesario arruinarla. Algunos dias prevaleció en el esta resolucion; pero el temor de que faltasen los viveres para mantener un ejercito tan grande como el suyo, y mas que todo, el de que alguna ventaja obtenida por los Mejicanos atemorizase a los aliados y los hiciese faltar a sus compromisos o sublevarse contra el, lo decidió a continuar sus ataques, y arruinar los edificios todos de que se apoderase.

Se empezó pues esta obra de destruccion a prin-

cipios de julio, y se dieron innumerables ataques, en los cuales se manifestó de todo lo que es capaz el furor y la desesperacion, pues los Mejicanos, muy inferiores ya en numero y recursos a las fuerzas sitiadoras, se sostuvieron todo este tiempo, y aun llegaron a derrotarlas, obteniendo sobre ellas ventajas considerables en repetidos encuentros. En uno de ellos la persona de Cortes se vió muy espuesta, pues cayó en poder de sus enemigos, y no logró salvarse sino por el valor desesperado de sus soldados, y a costa de algunas vidas de estos y muchas de las de los aliados. En todo este tiempo no solo se incendiaban los techos de los edificios como se hizo al principio, sino que se arrasaban estos hasta los cimientos, sosteniendose reñidísimos combates en cada uno de ellos, y peleando en el ejercito de Cortes no solo los soldados, sino tambien las mujeres, que se hicieron notables en aquella epoca por su intrepidez y valor. Todo el empeño de Cortes era poner francas y espeditas las comunicaciones con Alvarado por el interior de la ciudad, cosa que aunque intentada hacia mucho tiempo, se le habia dificultado demasiado, porque los Mejicanos desde el principio se hicieron fuertes en la parte occidental de la ciudad, defendiendo con menos vigor la oriental, y acabando por abandonarla del todo: asi es que aunque Cortes en casi todas sus entradas por el sur llegaba a la plaza, y aun avanzaba en la calle

de Tacuba; como todo este lado hasta San Cosme donde terminaba la ciudad, y despues del cual seguia el campo de Alvarado, se hallaba ocupado por el grueso del exercito enemigo; se frustraba siempre el desegno del conquistador.

Para facilitar pues la proyectada comunicacion, fué necesario desalojar a los Mejjicanos de la parte de la ciudad comprendida en el rectangulo que forman las calles que parten de Tacuba y San Antonio Abad, y se unen en la plaza principal. El 24 de julio por fin acabaron de lograr los sitiadores esta comunicacion, despues de haber arrasado casi todos los edificios que se hallaban en las calles por donde ella se efectuó, y cegado las acequias con los materiales de sus ruinas. Ya entonces los Españoles fueron dueños de las tres cuartas partes de la ciudad, o por mejor decir, del lugar donde esta habia existido, y a los Mejjicanos solo les quedaba el cuartel de Tlaltelolco entre norte y poniente. Para tomarlo, determinó Cortes hacer el ultimo esfuerzo, y dispuso un movimiento combinado para un ataque simultaneo por tres puntos. Alvarado se encargó de la calle que por la Concepcion va derecha a la plaza de Tlaltelolco: a Sandoval se le previno se dirijiese al mismo punto por la calzada de Guadalupe, y Cortes se encargó de las calles que por Sto.-Domingo y Sta. Ana van para esta plaza. Las instrucciones fueron: de avanzar y destruir cuanto dejasen a la espalda: de no permitir quedase atras

ninguna fuerza mejicana: de llevarlas todas al frente hasta concentrarlas en un pequeño recinto inmediato a la laguna: de obligarlas a rendirse en el o precisarlas a intentar la fuga por agua, en cuyo caso serian hechos prisioneros con mas facilidad los que tal pretendiesen. Para lograr este golpe que fundadamente se presumia seria el ultimo, se colocaron los bergantines en la parte oriental de la calzada de Guadalupe, bajo las ordenes inmediatas de Sandoval, y con prevencion espresa de apoderarse de cuantas barcas salieran por el lago. Cuando todo estuvo dispuesto, cada division salió del punto que ocupaba, y avanzó sobre Tlaltelolco por la ruta señalada. La oposicion que encontraron fué la misma que siempre habian experimentado: trincheras, cortaduras y azoteas provistas de guerreros que no esperando ya vencer ni vivir, oponian a los invasores las fuerzas mas temibles, las de la desesperacion: el terreno se disputaba palmo a palmo, y tras de cada estacada se renovaban la defensa y el ataque. Así es que en tan corto espacio, como tenia que vencer cada una de las divisiones, y a pesar de hallarse muy aumentadas las fuerzas sitiadoras e igualmente debilitadas y disminuidas las sitiadas, todavia se pasaron algunos dias para que los Españoles pudiesen llegar a la plaza de Tlaltelolco. Cuando los Mejjicanos advirtieron que las divisiones enemigas no volvian a sus campos despues del ata-

que, sino que se fijaban en el punto en que les co-
 jia la noche, y al dia siguiente avanzaban, compren-
 dieron el designio del general, mas el plan que eje-
 cutaba el ejercito sitiador, y entraron en grandes cui-
 dados por la persona del emperador. En consecuen-
 cia celebraron varias juntas en que se hizo entre otras
 la proposicion de la paz; pero las operaciones de la
 guerra eran tan continuadas que no les dejaban un
 momento de descanso, ni aun el tiempo preciso
 para deliberar sobre este punto. Las divisiones es-
 pañolas, avanzando continuamente, lograron por
 fin apoderarse de la plaza del mercado, siendo Al-
 varado el primero que puso el pie en ella, y avisó
 de su llegada a las otras por aumadas que mandó
 hacer sobre el templo de Tlaltelolco. Cortes y San-
 doval llegaron a poco, despues de haber hecho
 horribles estragos en los que huian derrotados por
 la division de Alvarado.

Esta plaza presentó a los vencedores el mas triste
 y lastimoso espectaculo; las casas que la rodea-
 ban se hallaban llenas de cadaveres, que no habian
 podido sepultar los Mejicanos, por falta de tiempo
 y de brazos, y no cabiendo ya en estas habia muchos
 esparcidos en aquella, de modo que no se podia
 dar paso sino sobre ellos: a esto se añadió la mul-
 titud de espectros humanos que se presentaron,
 consumidos por el hambre, a vender su libertad
 por un escaso alimento. La compasion se hizo sen-

tir en los soldados españoles, que se empeñaron
 en aliviar la suerte de los Mejicanos desgracia-
 dos, acudiendo a satisfacer sus necesidades. Cortes
 dió orden de que no se ofendiese a ninguno de los
 que se presentaran; pero las tropas aliadas, especial-
 mente los Tlascaltecas, con una fiereza y barbaridad
 de que hay pocos ejemplos, hicieron perecer un nu-
 mero tan grande de estos miserables, que el gene-
 ral español se vió precisado a destinar varios pi-
 quetes de su tropa, para ponerlos a cubierto de se-
 mejantes atentados, medio por el cual se logró sal-
 var a muchos y ponerlos fuera del teatro de la guer-
 ra, para que proveyesen a su subsistencia. Clavijero
 hace subir a quince mil el numero de los que pe-
 recieron de esta manera, y aunque este computo es
 notoriamente exajerado, por mucho que se rebaje,
 todavia quedara lo bastante para dar idea de la fero-
 cidad de los aliados, la cual aparece mayor si se ad-
 vierte que semejantes mortandades, no se hacian
 solamente con el objeto de desaogar la vil pasion
 del encono, sino tambien con el de satisfacer la vo-
 racidad detestable de los potajes de carne humana.

Los Mejicanos, desalojados de la plaza del Merca-
 do, quedaron ya reducidos al extremo de la ciudad,
 comprendido entre los templos de Santa Ana y el
 Carmen, hasta donde llegaba entonces la laguna.
 Cortes renovó desde Tlaltelolco las proposiciones de
 paz, mandando cesar las hostilidades, y los Mejica-

nos previnieron lo mismo a sus tropas, mientras se sabia el resultado de la negociacion pendiente que dependia de una junta de los principales señores de la ciudad. Luego que esta se reunió, se presentaron las proposiciones del general español, y en seguida se hizo ver la necesidad imperiosa de adoptarlas, pues los pocos que habian quedado con las armas en la mano, se hallaban en visperas de sucumbir y quedara merced del vencedor, que acaso a nadie daria cuartel: se hizo ver la destruccion inevitable de lo poco que quedaba en pie de la ciudad, la cautividad del monarca y la esclavitud de sus subditos, que serian vendidos en provecho del vencedor, como se habia hecho con los de Tepeaca y Zoltepec, por último los que estaban por la paz, manifestaron que ya de hecho no existian puntos fortificados, hombres, viveres, ni armas con que poder continuar la defensa de un terreno reducidísimo, y algunas ruinas de casas que era cuanto quedaba por ellos.

La fuerza de tan poderosas razones que se metian por los ojos, hacia que los mas se inclinasen a entrar en composicion con Cortes; pero el emperador y mas que todo los sacerdotes, hicieron que se adoptase la continuacion de la guerra. Las predicciones de un mejor exito y de un triunfo seguro hechas a nombre de los dioses, aunque tantas veces desmentidas, todavia tuvieron poder para prolongar las desgracias de un pueblo supersticioso, acos-

tumbrado a ver en los impostores que lo sacrificaban los interpretes de la divinidad. En vano Cortes, solicitado para ello por los habitantes pobres de la ciudad, se dirigió a varios nobles que conocia y se hallaban defendiendo las azoteas y terrados inmediatos, pues a cuantas reflexiones les hacia, contestaban que bien conocian la inevitable perdida de su vida y libertad, y la suerte desgraciada que aguardaba a los que sobreviviesen, pero que esta era la voluntad de sus dioses y del emperador, de la que no podian separarse, ni tenian la menor esperanza de hacer variar. Asi es como estos miserables fueron victimas del despotismo civil y relijioso, que en todas partes han sido el orijen fecundo de todas las desgracias de los pueblos.

Los Mejicanos tenian cerradas con trinchera, tablazon y fajina todas las embocaduras de las calles, que se hallan al oriente de Tlaltelolco, y aun estaban en su poder; y en todas ellas las multiplicadas acequias y cortaduras ofrecian las mismas dificultades, que en el resto de la ciudad habian sido repetidas veces superadas por el ejercito español. En ellas se dispusieron para continuar la resistencia, y Cortes empezó a batirlas con la artilleria cuando ya perdió del todo la esperanza de obtener nada por las vias pacificas. Dispuso pues su ataque con el fin de desalojar a los Mejicanos de la ultima parte de la ciudad, y obligarlos a arro-